

llévame á la piazza del Mercato á casa de Johann Spurzeim.

—Sí, señor.

Oyóse el chasquido del látigo y los caballos partieron al galope.

En el instante en que el *calesso* empezaba á correr por el empedrado, salió un hombre de la sombra proyectada por la iglesia, y saltando de un solo brinco á la parte trasera del coche, donde se sostuvo en equilibrio, empezó á silbar una alegre canción montañesa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE

BÁRBARA DE MONTELEONE

I

El gabinete del jefe de policía

Estamos en ese mismo día del mes de Febrero de 1823.

En una casa grande de la piazza del Mercato, plaza situada en la extremidad oriental de Nápoles, la luz alumbraba tres ventanas que resplandecían en medio de la obscuridad de la noche.

Era la casa ó palacio del señor Johann Spurzeim, austriaco y jefe de policía.

Sus oficinas ocupaban casi todo el piso bajo; en el principal habitaba con su familia.

Una de las ventanas alumbradas era la del aposento dormitorio del señor Johann Spurzeim; las otras dos pertenecían á un salón donde su mujer conferenciaba en aquel momento con el doctor Pedro Falcone, médico ya ilustre por su saber á pesar de su juventud.

Hacía poco tiempo que Johann Spurzeim estaba en Nápoles; unos tres meses poco más ó

menos. Ignorábase enteramente su pasado, así como los motivos que había tenido la corte para confiarle tan grande y delicado cargo.

Pero todo el mundo convenía en que había correspondido perfectamente á esa muestra de confianza. Sobre el particular no reinaba más que una opinión; el nuevo jefe de policía era un hombre hábil y probo.

Los que le detestaban, que no eran pocos, se esforzaban en vano para buscar algo de que acusarle.

En el momento en que vamos á entrar en el cuarto dormitorio de Johann Spurzeim, acababan de dar las nueve de la noche en el reloj de Santa María del Carmen. Era precisamente el instante en que la animación llegaba á su colmo en la Avenida-di-Porto. Pero en la plaza del Mercado, entre el palacio y la iglesia, todo estaba tranquilo, cuasi desierto.

Las tiendas cerraban ya sus puertas, y los habitantes de esta parte de la ciudad, muy alejada del centro, se dirigían, según costumbre, á buscar sus recreos y placeres á otra parte.

El aposento del jefe era sencillo hasta la austeridad; muy alto de techo, y adornado de telas de color obscuro. Una sola lámpara lo alumbraba.

El jefe de policía estaba acostado en su cama, con la cabeza apoyada en una sola almohada de erin, pues en todo afectaba las formas estoicas. Distinguíanse á la luz de la lámpara sus facciones pálidas y demacradas, pero cuyos contornos anunciaban una inteligencia viva y sagaz.

Hay fisonomías que una vez vistas, ya no se las olvida más. Desde el primer momento era fácil reconocer en ese enfermo, en ese moribundo que parecía haber perdido el último soplo de vida, al viajero de carácter áspero y taciturno de la

carroza de Bautista Giubetti, al hombre del gorro negro de seda, á ese M. David que él solo ocupaba los dos primeros asientos del interior y que había fingido dormir mientras nuestro seminarista Julián conversaba con su hermana.

La historia cita á hombres de cabeza y corazón entre los altos dignatarios de policía: á verdaderos héroes que, combatiendo el mal, cuerpo á cuerpo, no temían penetrar en los misteriosos retiros de los enemigos de la sociedad para atacárles más seguramente.

En Italia Azeglio se hizo carbonero; en Inglaterra el famoso Templeton fué el cómplice fingido de Wat-Tyler.

A lo menos nosotros le hemos visto en la cripta de Corpo-Santo entre los caballeros del Silencio, y bajo el nombre de David Heimer alrededor del cadáver insepulto de Mario, conde de Monteleone.

En la hora presente sus ojos estaban cerrados, sus labios descoloridos y entreabiertos parecían buscar el último soplo de vida que se les escapaba, y sus mejillas huecas y pálidas se sombreaban de negro en torno de los párpados.

Todo su cuerpo estaba en una silenciosa inmovilidad.

Y sin embargo no dormía, porque de tiempo en tiempo un estremecimiento brusco agitaba los ángulos de su boca y arrugaba los pliegues de sus sienes.

Parecía, en verdad, que si no soñaba, estaba escuchando sonidos lejanos y misteriosos que un hombre sano no hubiera podido distinguir, precedentes de la conversación de dos personas invisibles.

Algunos creen que el último privilegio de los moribundos es el de poseer una sutileza prodigiosa de oído.

Con todo, en su cuarto no había nadie en este momento, y afuera no se oía rumor alguno de voz.

Las dos personas más próximas á Spurzeim eran Bárbara de Monteleone su esposa, y el joven doctor Pedro Falcone; pero entre el dormitorio y el salón mediaban dos puertas y un corredor.

Sobre la mesa de noche descansaban algunos frascos y vasos puestos en desorden entre libros y papeles esparcidos. Se conocía que este hombre, animado de un pensamiento activo y sin más quebrantamiento que el del cuerpo, se había dedicado al trabajo hasta el último extremo.

Debajo del cobertor de la cama asomaba la cabeza negra y vivaz uno de esos pequeños perrillos que nos envían de Inglaterra, y cuyo origen real les ha hecho dar el nombre de *King's Charles*.

Un capricho, pudiéramos decir, si el señor Johann Spurzeim fuese capaz de ellos.

Pero, con anticipación se lo decimos á nuestros lectores, este buen señor no hacía nada por casualidad; si tenía aquel animalito en la cama era porque así lo consideraba útil y necesario.

Lo mismo debemos decir de otro objeto que se veía á su lado cerca de la almohada, en el espacio entre la cama y la pared.

Consistía en una especie de boca ó pabellón de esas pequeñas bocinas que los enanos de las novelas de caballería llevaban suspendidas de su cuello.

Era de marfil, y tendría unas cuatro pulgadas de diámetro poco más ó menos. Fijábase allí un cordón bastante grueso, ó más bien cierta clase de conducto, cuya extremidad opuesta se ocultaba en un armario de un medio pie cuadrado de abertura. La puerta de este armario estaba abierta, y no tenía ni cerradura, ni llave, ni pomo.

En un salón vecino y cerca de la chimenea, lujo poco usado en Nápoles, estaba Bárbara de Monteleone, esposa del jefe, con los pies arrimados al fuego.

El doctor Pedro Falcone permanecía de pie frente de ella.

Bárbara de Monteleone tendría entonces unos cuarenta años. Su fisonomía era bella, aunque demasiado prolongada para su cuerpo, como generalmente sucede á las personas que han nacido deformes.

Pero cuando estaba sentada apenas se echaba de ver este defecto; entonces su rostro tenía una longitud proporcionada.

En cuanto á la notable deformidad que tenía Bárbara detrás, y que, preciso es decirlo, era una jiba, hubieseis podido pasar horas enteras en su salón sin descubrirla.

Bárbara tenía un sillón de respaldo cóncavo y se sentaba en él con cierta gracia de gran señora. Jamás se levantaba para recibir á nadie. Un largo ejercicio la había acostumbrado tan bien á esta postura perezosa, que conservaba en ella la perfecta libertad de sus movimientos.

En esta actitud no se veía realmente sino la parte delantera de su persona bien adornada por su modista, y la noble regularidad de sus facciones orladas por negra y abundante cabellera.

En el fondo esta estratagema no impedía que todo Nápoles supiese que era jorobada, pero lograba que se olvidase esta circunstancia ante su hermoso rostro y su conversación encantadora.

Bárbara en efecto no tenía rival en la corte por su talento y elocuencia.

Aunque de linaje de príncipes, la muerte de sus padres y la falta de fortuna la habían hecho dependiente, como ya se sabe, de Mario Monteleone.

El primer esfuerzo que excitó su inteligencia, fué la ambición de ser condesa de Monteleone.

Mario la había visto crecer á su lado y la amaba como á una hermana.

Entre las personas que rodeaban á Mario, su inteligencia y conocimientos le daban el primer lugar. Pero en vano esperó que la admiración de su primo se convirtiese en un sentimiento más tierno.

Si hay un camino que no conduce al amor, es el de la admiración.

Bárbara era ambiciosa en alto grado.

El matrimonio de su pariente con María de los Amalfi introdujo un infierno en su corazón.

Había en Martorello un hombre que aspiró á su mano desde una posición inferior.

Bárbara se creyó adorada y se dijo á sí misma: —Este hombre será mi esclavo; tengo necesidad de un esclavo. Tengo necesidad de un instrumento; este hombre será mi instrumento.

Este hombre se llamaba David Heimer, y poseía toda la confianza de Mario Monteleone.

Bárbara hizo alianza con él y más tarde se casaron.

Pero halló que David Heimer era tan fuerte á lo menos como Bárbara Monteleone.

Lo que ocurrió en este matrimonio fué particular. Si hubo lucha no duró más que un instante; al primer choque se conocieron é hicieron treguas.

Así procedían los antiguos guerreros cuando, hechas astillas las dos lanzas, dejaban la lucha incierta.

Estos dos seres, enlazados por un mismo pensamiento de ambición, no se detestaban como es costumbre. Había entre ellos una especie de amistad nacida de la perfecta comunidad de intereses.

Cuasi se podría decir que se apreciaban.

Y como la desconfianza más recelosa no vela siempre, poco á poco había nacido entre ellos una fe mutua.

La obra que emprendían en común era ardua.

David Heimer, á quien llamaremos en adelante el señor Johann Spurzeim, consultaba fielmente á su mujer, y Bárbara servía á su marido con toda la finura, la perspicacia y prudencia de que la había dotado la naturaleza.

Debemos decir también que en la corte y la ciudad se citaba á Bárbara Spurzeim por los cuidados asiduos que prodigaba á su esposo enfermo.

Hacía cerca de dos minutos que Bárbara y el joven doctor Pedro Falcone estaban enfrente uno de otro.

Los ojos de ambos estaban fijos en unos cuadros de Zingro (Antonio Solario) y de sus discipulos los hermanos Donzelli, colgados en la pared.

Uno de ellos, atribuido al más joven de los hermanos Donzelli, representaba la muerte de Lázaro.

Los ojos de Bárbara Spurzeim y del doctor Pedro Falcone contemplaban á un mismo tiempo este último cuadro.

Reinaba el más profundo silencio.

Al cabo de algunos segundos la mirada de Bárbara abandonó el cuadro y se fijó en el doctor.

Era éste un hombre de veintiocho años, alto, delgado y ligeramente inclinado hacia delante. Sus facciones, excesivamente pálidas, eran hermosas. Sus negros ojos no expresaban en este instante sino la inmovilidad del pensamiento. Dos ó tres pliegues precoces arrugaban su frente, sobre la cual los cabellos se presentaban ya raros y como quemados.

Estas señales podían ser las de un pensador ó de un osado. Pero lo que no se podía dudar es

que era un hombre de grandes necesidades y aspiraciones.

Bárbara al mirarlo frunció el entrecejo.

—¡Es demasiado joven!...—murmuró sin ser oída.

Pero como los ojos del doctor se encontrasen con los suyos, le dijo para explicar el movimiento involuntario de su fisonomía:

—Durante mucho tiempo he creído que los pintores de la escuela antigua sabían pintar la agonía, pero veo que me equivocaba.

—Sin embargo—replicó Pedro Falcone,—la agonía de ese Lázaro...

—¡Exactamente!—interrumpió Bárbara.

—¿No la halláis bastante horrible?

—Demasiado y poco... Los maestros que han venido posteriormente han embellecido la muerte, dándole contornos y convulsiones... Johann Spurzeim no se presenta así.

Estas palabras fueron pronunciadas con tan espantosa calma, que Pedro Falcone bajó los ojos.

Bárbara lo notó, y tomando una pastilla contra la tos de una rica cajita de oro, repuso sonriendo:

—Si pudieseis prometerme salvar á mi marido, doctor, vuestra fortuna estaría hecha.

—Ya sabéis, señora—contestó Pedro Falcone,—que lo que me pedís es imposible.

—¿De qué sirve pues la ciencia?...—murmuró Bárbara con desdén.

Luego comprimiendo la tos, que la iba á atacar, añadió:

—Daría cincuenta mil ducados al que me asegurase la vida de Johann Spurzeim.

—El que lo prometiese, mentiría, señora.

Bárbara, no pudiendo contener la tos, apoyó sus dos manos en el pecho.

—¡Oh! ¡esta tos!—dijo;—hay instantes en que me parece que un carbón encendido me abrasa los pulmones... otras creo sentir un pesado ta-

pón que sube y me ahoga... Doctor, doctor, ¿no habrá tampoco remedio para mí?...

—Vos pensáis demasiado—dijo el médico.

—Y el pensamiento me mata.

Pedro Falcone sonrió.

—Si me propusieseis cincuenta mil ducados para responder de vos, señora...—empezó á decir.

—¿Consentiríais?—exclamó vivamente la señora.

—¡Pondría mi cabeza por apuesta!—dijo Pedro Falcone con voz segura.

Bárbara le tendió la mano. Falcone al tocarla la sintió fría y húmeda.

—Tomad otra pastilla—continuó el doctor;—vais á tener un acceso de tos.

Pero la pastilla no pudo nada: el pecho de Bárbara se levantó súbitamente, sus pálidas mejillas se tiñeron de un rojo vivo y la acometió una tos lenta, desgarradora y dolorosa.

Su pañuelo bordado que se puso en la boca quedó tinto en sangre.

La fisonomía del joven médico permaneció impasible.

Bárbara le mostró en silencio la extensa mancha colorada.

Falcone se encogió de hombros.

—¿Me creeréis?—le dijo;—no se cura á los dañados del pecho, y yo prometo curaros.

Bárbara bebió un sorbo de agua y quedó inmóvil.

Sus ojos se obscurecieron un instante,

De repente un rayo animó su pupila.

—Ya me encuentro bien—dijo,—muy bien... ¡Fuera á Dios que mi marido se encontrase así!... Decidme, doctor, en conciencia: ¿no hay ningún medio humano de salvarle?

—Ninguno, señora.

Bárbara bajó los ojos y pareció estar dudando.

—Y...—repuso con voz alterada,—¿esto durará mucho?

Pedro Falcone creyó haber oído mal.

Como no contestaba, Bárbara levantó la cabeza y mirando al doctor de frente repitió:

—Quiero saber si esto durará mucho.

—¿Qué, señora?—murmuró el médico.

—La vida de Johann Spurzeim, mi marido—dijo Bárbara distintamente.

—Pero, señora...

—Quiero saberlo.

—La ciencia no puede precisar...

—¿Ocho días?—interrumpió la directora.

—Es imposible afirmar.

—¿Quince días?

—En verdad, señora—dijo Pedro Falcone,—semejante pregunta...

—Tengo motivos para hacérsela, doctor—interrumpió la señora Spurzeim;—estoy segura que vos no creéis que pueda alargar un mes.

—No, señora—contestó esta vez Pedro Falcone;—no lo creo.

Bárbara bajó otra vez los ojos murmurando estas palabras ya pronunciadas:

—¡Es muy joven!

—Sentaos—repuso bruscamente.

Su mano larga y blanca le señaló una silla con autoridad.

El doctor se sentó

Bárbara cerró los ojos, y después de un minuto de silencio le dijo:

—Antes de responderme, reflexionadlo bien; lo que voy á proponeros es serio; yo ya lo he pensado maduramente... Doctor Pedro Falcone, ¿queréis casaros conmigo?

II

Una mujer fuerte

En verdad había sido una buena precaución obligar al doctor á tomar asiento, porque sin ella hubiese caído de espaldas.

Quiso hablar, pero la señora Spurzeim no se lo permitió con ademán imperioso.

—Ya os he dicho que reflexionaseis, caballero—le dijo con severidad;—todavía no ha transcurrido bastante tiempo.

Y acercó su sillón hacia el doctor con un movimiento libre y natural.

Su rostro estaba siempre perfectamente tranquilo.

—Mientras que reflexionáis—repuso bajando la voz,—yo hablaré... Empiezo por confesaros que no os tengo amor alguno... lo que os ofrezco es el título de conde con la fortuna de un rey.

Los párpados del doctor se entreabrieron y dejó escapar una mirada de desconfianza; verdaderamente la creía loca.

—No, no—dijo ella sonriendo y respondiendo á esta mirada;—no, no estoy loca... Ya lo veo, vos pensáis: ¿cómo puede ofrecer un título de conde y una fortuna real si no tiene lo uno ni lo otro?

—Ya sé que sois rica...—quiso interrumpir Falcone.

—¡Miseria!—exclamó animándose de repente;— ¡yo rica!... Decuplad lo que yo tengo... Centuplicad... Centuplicad diez veces y estaréis en camino de la verdad... La fortuna de que os hablo es inmensa.

—Pero ¿de qué fortuna habláis?—murmuró el doctor conmovido á pesar suyo.

—Hablo de la fortuna de los Doria, añadida á la de los antiguos condes de Monteleone.

La frente del médico brilló bañada en sudor.

—No me interrumpáis más—le dijo Bárbara;— esta es la hora en que mi marido despierta de su sueño y necesito vuestra contestación antes que nos separemos.

Nos sois Compañero del Silencio...

Á pesar de la orden reciente de no interrumpirla, Falcone no pudo contener un grito de terror.

No se debe olvidar que esto lo decía la esposa del jefe de policía en su propia casa.

—Señora—exclamó,—por mi salud.

—¡Bien, bien!—le respondió;—á los napolitanos los juramentos no les cuestan nada... mi pobre doctor, esa es una locura de la juventud; habéis dado vuestra libertad á esa misteriosa asociación y hasta el presente la asociación nada os ha dado en cambio... á lo menos así lo creéis vos, ¿no es verdad?

—Es cierto—tartamudeó el médico.

—Falcone—le dijo ella á media voz;—*el hierro es fuerte y el carbón negro...*

Este se levantó de repente, tan profunda era su sorpresa.

—Os hago gracia de las preguntas de vuestro catecismo—prosiguió ella en tono ligero,—y hago más, acudo en vuestro socorro inmediatamente para libertaros de creer, por ejemplo, que el señor Johann Spurzeim, mi marido, me ha revelado los misterios de la policía... y que ésta ha

descubierto vuestro secreto... La policía no ha descubierto nada, mi pobre doctor... La asociación del Silencio pertenece á la policía...

—¡Será posible!

—Es decir, la policía pertenece á la asociación del Silencio.

Falcone dejó caer sus brazos por su propio peso.

En los delgados labios de Bárbara Spurzeim asomó una sonrisa burlona.

—¡Triste cosa por cierto!—añadió;—no que la asociación haya sido estéril para vos, porque vuestra numerosa clientela prueba lo contrario, sino ser esclavo é ir á ciegas, sin saber, sin conocer, empujado siempre por una voluntad misteriosa.

Yo os propongo quitaros la venda que os cubre los ojos y alumbrar vuestra obscuridad, elevándoos de esclavo á señor.

Yo soy maestra del Silencio y la única de la asociación.

Y se quitó de su dedo medio una sortija de oro adornada de tres diamantes en forma de triángulo. Esta sortija era parecida, salvo el metal, á la de Mario Monteleone, y como aquélla llevaba la divisa latina: *Agere, non loqui*.

Pedro Falcone la tomó; examinóla, y después de haber leído las tres palabras de la divisa se la devolvió con el mayor silencio.

Obedecía al pie de la letra: reflexionaba.

Bárbara le contemplaba satisfecha, como un profesor que aprueba la conducta de su discípulo.

—Vos sois joven—repuso ella;—esto me ha contenido durante ocho días... porque hace ocho días que he perdido la esperanza de conservar á mi marido... Pero aunque joven, sois prudente, os considero dotado de un carácter enérgico... y sé que no retrocederéis ante un vano escrúpulo.

Pero hasta que nos hayamos ligado de una ma-

nera estrecha é irrevocable, no puedo deciros todo lo que debéis saber.

Solamente os anunciaré el porvenir que os reserva.

Para ello bastan dos cosas: daros á conocer mi pasado y el de la asociación.

El primer objeto de la asociación fué pura y simplemente hacer el bien.

Después de la muerte de Mario Monteleone, su fundador, tuvo otros dos fines: uno aparente, otro oculto.

El primero era la venganza del gran maestro asesinado, el segundo la adquisición de riquezas.

El primero es un pretexto y una enseña, y hará mucho tiempo nuestra fuerza; el otro estaría ya alcanzado, si no hubiese aparecido entre nosotros un hombre, un león, una de esas piezas de oro de las cuales ¡ay! sólo se encuentra la moneda menuda.

Este hombre ha imprimido á la asociación una nueva fase, haciéndonos sus esclavos y ocultándonos sus miras. Por él la ciudad es nuestra... por él rodeamos el trono... Pero lo que quiere para sí sin razón y sin derecho, yo lo quiero para mí, y lo tendré.

A este hombre le aborrezco, ¡le aborrezco! Quiero deshacerme de él á toda costa, porque lo que él desea es lo que deseo, mi bien, mi herencia comprada con sangre preciosa.

Pedro Falcone, por lo que os he dicho, juzgad si me pertenecéis.

Antes de llevar el nombre de Bárbara Spurzheim me llamaba Bárbara de Monteleone.

Tengo todavía que deciros otra cosa.

—¡Qué!—exclamó el doctor,—¿seriais?...

—La última de la familia... Mario murió sin hijos y yo soy la única heredera.

No me pidáis más explicaciones, Pedro Falcone;

bastante os he dicho, y no sé si tenéis aún el derecho de reflexionar.

El doctor se acercó respetuosamente, tomóle la mano y se la besó.

—No, señora—le dijo,—no tengo ya en efecto derecho á reflexionar. No diré que acepto, esto sería poco, sino que me entrego á vos con entusiasmo.

Bárbara fijó en él sus ojos medio cerrados, de los cuales salía un rayo sutil y penetrante.

—Muy bien dicho, señor Pedro Falcone; sois un hombre hábil y prudente.

—Señora...

—Muy hábil y prudente... Seriais capaz de fingir que me amáis.

—¿Lo dudáis?

—No, os lo prohibo—interrumpió Bárbara sonriendo;—en su tiempo y lugar necesitaremos un pretexto ante los ojos del mundo, y ninguno puede proporcionárnoslo como el amor... ¡Haréis un bello conde, Falcone!... El mundo imbécil y ciego dirá quizás: «La vieja se ha enamorado de ese joven...»

En esas extrañas palabras había dureza pero no amargura.

—La vieja empero tomará sus medidas—prosiguió mudando de tono,—para que ese joven no sea jamás su señor. Esta es la verdad.

La posición del doctor era seguramente difícil ante tal amante; así es que no sabía cuál actitud tomar ni qué palabras decir.

Ella acudió á su socorro:

—Falcone—le dijo tendiéndole la mano con cierta especie de cordialidad,—en mí tendréis una amiga... Seréis noble, rico, poderoso... quizá feliz... Nunca echemos mano del fingimiento en nuestras mutuas relaciones... Seamos aliados firmes y sinceros; ni más ni menos.

—Podéis contar conmigo, señora—dijo resueltamente Falcone,—como con el más fiel servidor.

—Lo veremos tal vez más pronto de lo que pensáis—replicó ella.

Le soltó la mano y permaneció un rato meditando. Luego murmuró:

—¿Qué tengo todavía que deciros? Quizá deseariais saber por qué he ocultado á la corte de Fernando de Borbón el nombre de Monteleone que el rey hubiera colmado de favor... Le he ocultado porque entre la herencia de Mario y yo se interponen el conde Loredano Doria y su hermana Angélica.

La frente del doctor se obscureció á pesar suyo.

—¿Adivináis que nos será preciso pasar sobre sus cuerpos?

Y como Falcone palideciese añadió:

—No es que yo les deteste; solamente que son un estorbo en nuestro camino... ¿No decís nada, señor Pedro Falcone?

—Señora...—contestó éste,—temo comprender.

—¡No temáis! ¡Comprended!—dijo Bárbara secamente.—Os he elegido por esposo en lugar de Johann Spurzeim á quien lloraré sincera y profundamente... para que formemos una pareja de varón y hembra con las mismas inclinaciones, la misma ambición, el mismo corazón... Os he elegido en su lugar para que hagáis lo mismo que él hubiese hecho; Spurzeim había sentenciado tres personas: el príncipe Coriolani, Loredano y Angélica Doria.

El doctor se estremeció.

—¿Sentenciados?...—murmuró.—¿Cómo?

—Como sentenció el Silencio.

—¡Tres asesinatos!

—Los médicos, señor Falcone, tenéis otras armas... ¡Elecid!

El doctor lanzó un gemido, y cubriéndose la cara con las manos se dejó caer en un sillón.

Bárbara Spurzeim se levantó. Apenas la hubierais conocido; tanto perdía al dejar su poltrona que como una plaza fuerte ponía su busto al abrigo de las miradas.

Todo lo que había en ella de nobleza y dignidad cuando estaba sentada, desaparecía desde el momento en que ponía á descubierto las deformidades de su cuerpo. La desproporción de su estatura y el desenvolvimiento enorme de su cabeza saltaban á la vista; sus piernas desiguales y cortas traqueteaban al caminar, y sus caderas se desencajaban á cada paso.

A este aspecto inesperado cambiaba completamente el sentimiento que inspiraba sentada.

La gran señora convertida en enana perdía de repente todo su prestigio.

—Falcone—dijo deteniéndose delante del doctor cuyo rostro permanecía oculto entre sus manos;—miradme, pues no me habéis visto nunca.

Y ella misma separó las dos manos del doctor, que alzó los ojos para mirarla.

Luego bajó la cabeza.

Bárbara decía verdad; jamás la había visto.

Porque sólo la había visto en el sillón ó en la cama, en donde tenía aire de mujer.

Los dientes de Bárbara hicieron brotar sangre de sus labios.

Su coquetería se había resentido no obstante la fealdad.

Fué necesario un gran esfuerzo de su parte para no mostrar su mortal despecho.

—Doctor—dijo sin embargo con tono libre y resuelto;—he aquí por qué me veo obligada á comprar un marido... No os indignéis como haría un imprudente ó un tonto; no me digáis que vos no os vendéis. Las mejores flechas de mi carcaj

Las conservo aún guardadas; mi réplica será como un rayo... Acordaos bien de esto: no tengo necesidad de un marido, sino de un cómplice. Yo llamo las cosas por su nombre. Si he hablado de matrimonio es porque hay necesidad de la fórmula sacramental para daros el derecho de obrar por mi cuenta, y porque, sin el sacramento, no tendría derecho para poner en vuestros hombros el manto de conde de Monteleone... He soñado ser condesa y este sueño se realizará; ¡lo quiero!... Ahora que me habéis mirado, no me preguntaréis por qué no voy á la corte, pero vos iréis por mí. ¡El rey hará de mi marido el más grande señor del reino!

Y no dijo más.

Pedro Falcone, después de un momento de silencio, se volvió hacia ella y dijo con resolución:

—Acepto.

—¿Sin condición?

—Sin condición.

—¡Ah! ¡Mi querido "doctor!"—exclamó la señora Spurzeim lanzando su mirada penetrante hasta el fondo del alma de Falcone;—ó sois más ambicioso de lo que creía, ú ocultáis alguna intención... Si no sois más que un ambicioso, iremos más allá de vuestros deseos; pero si lleváis segunda intención, guardaos bien... Algunos que durante mi vida han querido jugar conmigo, ya no existen.

En el momento en que el doctor iba á responder, llamaron suavemente en la puerta exterior del salón.

Bárbara dijo:—¡Entrad!

Un pobre diablo bastante parecido por su traje á un pasante de procurador (cabellos aplastados, cutis empañado, camisa neutra), se presentó en el umbral de la puerta.

Al presentarse saludó por tres veces consecuti-

vas jugando con la pluma que llevaba puesta en la oreja.

—¿Qué hay, Privato?—preguntó la señora Spurzeim.

—El inglés—respondió Privato.

—¿Qué inglés?

El pobre muchacho tenía un destino de doscientos duros anuales en la policía. No había de que alimentar un águila.

Pero Privato no llegaba de mucho á ser un águila.

Mordióse ligeramente las uñas para serenarse, y respondió:

—Un inglés delgado que lleva anteojos azules y cuyos cabellos son de color de serrín... Trae cartas para Su Excelencia.

—Privato, ya sabéis que Su Excelencia ha empeorado y que no puede recibir á nadie.

—Es muy cierto—replicó el empleado;—pero ese inglés es tan original y ha chapurreado tantas cosas!... Me parece que viene por el gran negocio.

—¿Qué negocio?

—El negocio de Londres... Los diamantes...

—Privato—exclamó severamente la señora,—guardaos de saber más de lo que os tiene cuenta.

El empleado de los doscientos duros pareció hundirse bajo tierra.

—Decid á ese hombre que venga mañana—añadió la directora señalando la puerta con el dedo.

Privato no se movió. Suspenso entre el deseo de obedecer y la necesidad de cumplir más completamente su mensaje, se decidió por lo último.

—La señora sabe bien el respeto profundo y veneración extraordinaria que me merece—murmuró royendo sus uñas hasta hacer brotar sangre,—y preferiría entregar mi cuerpo á mi más mortal enemigo antes de disgustar á la señora en

lo más mínimo... Pero el inglés no quiere irse.

—¿Cómo es eso, no quiere?

—¡Su noble señoría tenga compasión de mí! Ya me ha sacudido tres veces las espaldas y me ha enseñado cinco veces sus puños...

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Un nombre del diablo... Peter-Paulos Brown.

—¡Brown!—repitió Bárbara estremeciéndose.

Y sacó apresuradamente de su seno un librito de memorias que consultó.

—¡Brown!—dijo á media voz;—recuerdo el nombre pero no el secreto.

—Privato—repuso,—veo que eres un mozo inteligente; bajo pretexto de hacerle esperar más cómodamente, procura introducir ese Brown en el cuarto con reja donde se ponen de noche los camorristas... y enciérralo.

—¡Bien pensado, ilustre señora!—exclamó;—¡lo que es tener un talento superior á lo común del vulgo! ¡Allí podrá arrimar puñetazos á la pared!

Así diciendo dió una última roedura á sus uñas y desapareció.

—¿Tenéis algo que decirme, doctor?—preguntó Bárbara en cuanto aquél se fué.

—Señora—respondió Falcone;—el Pundjaub es un diamante sacado por un minero de las canteras del Mogol... sólo un rey lo puede comprar y el hombre que lo posee se llama Brown.

Bárbara reflexionaba.

—En ocho días que Johann Spurzeim no se levanta—dijo al fin,—he sorprendido muchos secretos, pero aun no lo sé todo... Es preciso que lo sepa... En el despacho de mi marido hay tres cartas que no he podido leer, porque están escritas en una clave que no es la nuestra... Ya es hora de que vayamos al lado de Johann, pero antes tengo que advertiros tres cosas:

«Prohibición á mi marido de ocuparse de negocios.

»Orden de guardar cama bajo pena de la vida.

»Consejo de encargar á otro los grandes intereses que le preocupan y le matan.»

Calló un momento y luego añadió:

—Falcone, nuestro contrato no necesita escritura pública: yo sé cómo obligar; si lo dudáis, preguntad qué es lo que se ha encontrado esta tarde bajo el puente de la Madalena.

Ahora, vuestro brazo, doctor; ¡vamos á cuidar á nuestro enfermo!...

Pedro Falcone se inclinó en silencio y le presentó su brazo.

Si ahora nos trasladamos al aposento en que el señor Johann Spurzeim parecía descansar, observaremos una extraña sonrisa en su rostro demacrado y de color de plomo.

En el instante en que Bárbara decía á su nuevo caballero:—Dadme el brazo,—Johann Spurzeim sintió como el contragolpe del movimiento que ejecutaron.

Al mismo tiempo la cabeza negra del *King's Charles* apareció fuera del cobertor, ladrando blandamente.

Johann le acarició con su mano huesosa, que parecía la de un cadáver, murmurando:

—Bien, Love, bien.

Y le dió una rosquilla que el perro fué á roer bajo el cobertor.

Johann Spurzeim, con una libertad de movimientos que no podía esperarse de su aspecto, extendió el brazo, y cogiendo ese objeto de forma redonda que hemos comparado al pabellón de un instrumento de viento, y el cordón flexible que le servía de apéndice, echó ambas cosas precipitadamente en el fondo del pequeño armario abierto en la pared. Luego cerró la portezuela

sin hacer ruido y tan exactamente que no se conocía que existiese.

Concluida esta operación, Johann apoyó su cabeza en la almohada y cerró los párpados.

III

Un matrimonio feliz

Apenas Johann Spurzeim acababa de cerrar los ojos, cuando se abrió con precaución la puerta de su aposento.

Bárbara, su esposa, entró apoyada en el brazo del doctor Pedro Falcone.

En la cabecera de la cama se hallaba uno de esos sillones de respaldo cóncavo para el uso de la señora Spurzeim.

Sentóse en él y murmuró sonriendo:

—Héme aquí en mi trono.

Pedro Falcone se inclinó hacia el enfermo

—No duermo—dijo éste con voz débil.

El doctor quiso tomarle el pulso y el enfermo le repelió sonriendo.

—Dentro de un instante—le dijo.

Luego añadió dirigiéndose á su esposa:

—Bárbara, mi querida compañera, decís bien, héos ahí en vuestro trono... Héos ahí en vuestro trono desempeñando una misión de buen ángel para este pobre condenado... Quisiera llamar á todo Nápoles alrededor de esta cama para que presenciase vuestra ternura; Bárbara, mi queri-

da esposa, vos habéis sido el consuelo de mis postreros días.

—Moderaos, señor—le dijo Pedro Falcone;—no os conviene hablar demasiado.

Johann Spurzeim hizo con la cabeza una señal de sumisión.

—Amado esposo—dijo Bárbara,—¿esperabais hoy, si me es permitido dirigiros esta pregunta, á un inglés llamado Brown?

—Hoy no—respondió Johann sin titubear.

—Pues ha venido—dijo Bárbara.

—Está bien—replicó tan sólo el enfermo.

La jibosa continuó aparentando un aire risueño, pero no por eso tenía menos el diablo en el cuerpo.

—He dormido un buen rato—repuso Spurzeim,—y me siento extraordinariamente aliviado... ¿No os parece que tengo la voz mejor?

—Sí, por cierto—replicó Bárbara;—con algunas semanas de reposo el doctor cuenta concluir con la enfermedad.

El doctor no hablaba.

Todavía estaba sufriendo las consecuencias de la terrible impresión que había experimentado.

El doctor pensaba en esa portentosa unión propuesta y aceptada: el doctor miraba á su mujer...

El marido de su mujer se volvió hacia él trabajosamente.

—¿Y vos, Falcone?—le dijo.

—¿Yo?...—repuso éste;—yo no sé...

El enfermo dejó escapar una de esas sonrisas que la descomposición de sus facciones hacía tan lúgubres.

—¡Vos no sabéis!—dijo con lentitud.

Después, dirigiéndose á Bárbara, que no se atrevía á mirar á su cómplice, Spurzeim le dijo:

—¿Apuesto á que no sabéis el secreto de las distracciones, los delirios, las ilusiones del doctor?